



Cadernos do Museu

ISSN: 0873-5484

Depósito legal nº: 227767/05

Colóquio "Castro - um lugar para habitar" 5 e 6 de Novembro de 2004

Coordenação científica: Teresa Pires de Carvalho

Os artigos são da exclusiva responsabilidade dos seus autores.

Solicitamos permuta. On prie de bien vouloir établir l'échange.

Solicitiamo scambio. We would like to exchange. Tauschverkerh erwünscht.

Toda a correspondência deve ser dirigida para:

Museu Municipal de Penafiel
Rua do Conde de Ferreira
4560-483 PENAFIEL
Portugal

Direcção gráfica: ARESTA

Execução gráfica: Ginocar



Sumário

<i>Teresa Pires de Carvalho</i>	5
<i>Teresa Soeiro</i>	9
<i>António Barbosa de Melo</i>	11
<i>Alberto Fernando da Silva Santos</i>	13
As relacions entre Galiza e Portugal: a Universidade de Santiago e Câmara Municipal de Penafiel	19
<i>Fernando Acuña Castroviejo</i>	
Idade do Bronze / Início da Idade do Ferro	24
O que aconteceu às populações do Bronze Final do Noroeste de Portugal, no segundo quartel do I milénio AC, e quando começou, afinal, a Idade do Ferro?	25
<i>Ana M. S. Bettencourt</i>	
Los orígenes de las comunidades castreñas en el suroeste de la Meseta española: El proceso histórico Bronce Final-Segunda Edad del Hierro	41
<i>Antonio Blanco González</i>	
<i>J. Francisco Fabián</i>	
O Crasto de Palheiros - Murça (Norte de Portugal). Notas sobre um povoado proto-histórico em Trás-os-Montes	55
<i>Maria de Jesus Sanches</i>	
<i>Dulcineia Bernardo Pinto</i>	
A ocupação do Crastoeiro (Mondim de Basto, Norte de Portugal) no Ferro Inicial	75
<i>A. Pereira Dinis</i>	
Cultura Castreja	89
O castro: da aldeia autárquica á cidade desenvolvida	91
<i>Francisco Calo Lourido</i>	
O castro do Mozinho: as candidaturas ao POC - ON e INTERREG III A	107
<i>Teresa Pires de Carvalho</i>	
O Castro do Mozinho: os últimos trabalhos desenvolvidos	121
<i>Teresa Pires de Carvalho</i>	
<i>Francisco Queiroga</i>	
Materiais e Técnicas Construtivas da Cultura Castreja no Entre-Douro-e-Minho	155
<i>Francisco M.V. Reimão Queiroga</i>	

Fig. 11 – Formas cerâmicas da Idade do Ferro Inicial do Frijaio, Braga (Fot. de Manuel Santos – Museu Regional de Arqueologia D. Diogo de Sousa).

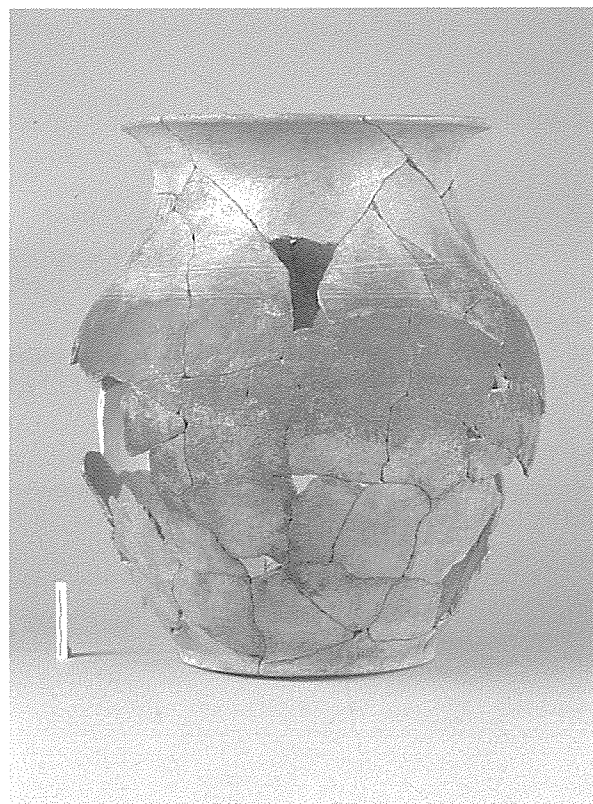


Fig. 11.1 – Pote com decoração incisa.

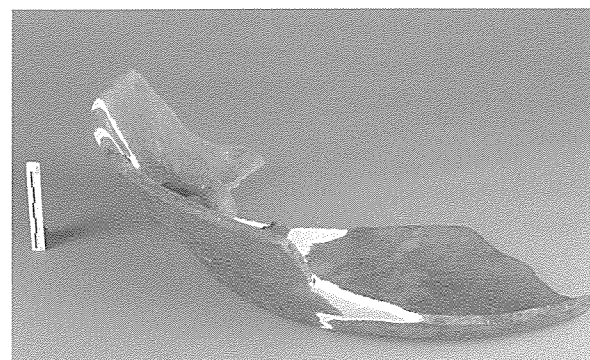


Fig. 11.2 – Painha de asa interior.



Fig. 11.3 – Pote com decoração incisa e estampilhada, púcaro e potinho.

Los orígenes de las comunidades castreñas en el suroeste de la Meseta española: El proceso histórico Bronce Final-Segunda Edad del Hierro

“De alguna manera todo el mundo es prisionero de su pasado”

Judith Lewis Herman

Antonio Blanco González* y J. Francisco Fabián**

Resumen

Se presenta un estado de la cuestión sobre el proceso de formación de los conocidos castros de la Segunda Edad del Hierro en el suroeste de la Submeseta Norte española (provincia de Ávila) mediante una visión diacrónica a lo largo de unos cuatro mil años, con especial énfasis en los últimos mil años, desde el Bronce Final al siglo I a.C. Ponemos de relieve los distintos enfoques en debate y algunos problemas que quedan por resolver. Avanzamos unas claves de lectura histórica centradas en la historia agraria y en la dinámica social, analizadas como dos de los grandes ejes explicativos que permiten acercarnos a dicho proceso.

1. Consideraciones Previas

El texto de la presente comunicación responde a la amable invitación de la Dra. Teresa Pires de Carvalho para aportar una visión sintética sobre los castros abulenses al Colóquio “Castro um lugar para habitar” celebrado en Penafiel. La reunión versó sobre las diversas comunidades antiguas del noroeste peninsular que compartieron ciertos modos de vida en esas aldeas fortificadas que denominamos *castros*. La representación de las provincias de Ávila y Salamanca en este coloquio debe comprenderse dentro del Subprograma Norte de Portugal-Castilla y León del proyecto INTERREG IIIA y por ello, debemos aclarar desde el principio que mediante una visión estrictamente científica existen pocos puntos en común entre los testimonios arqueológicos abulenses y aquellos tratados ampliamente en el coloquio, englobados bajo las etiquetas de Cultura Castreja y castros galaico-romanos.

Así, este breve trabajo trata sobre el proceso histórico que culminó en la configuración de las comunidades prerromanas abulenses como “gentes que habitaron castros”, aunque ni el proceso de formación, ni la cronología, ni las manifestaciones materiales, ni lo que es más importante: la ordenación social de esos grupos, correspondan a los factores concretos que explican el castro de Monte Mozinho, como emblema paradigmático enmarcado en la historia de las sociedades antiguas del noroeste.

Hemos organizado nuestra exposición sobre el suroeste de la Submeseta Norte centrándonos en el territorio comprendido dentro de la provincia de Ávila, y en concreto en su sector septentrional, perteneciente a la cuenca hidrográfica del Duero, por presentar unas características homogéneas y un registro arqueológico que comparte ciertas regularidades. Quedan por tanto fuera de este estudio las manifestaciones arqueológicas al sur del Sistema Central, como la conocida y fecunda zona arqueológica de El

* Dpto. de Prehistoria, H.^a Antigua y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Salamanca, C/ Cervantes s/n 37002-Salamanca (España). E-mail: ablancoglez@usal.es

** U.T. Arqueología, Servicio Territorial de Cultura, Junta de Castilla y León, Plaza Fuente el Sol 1, 05001-Ávila (España). E-mail: fabgarfr@jcy.es

Raso (Candeleda, Ávila). Esta zona de trabajo comprende la transición entre el dominio sedimentario al Sur del río Duero en su parte española y amplias unidades montañosas, como la Sierra de Ávila y depresiones intramontanas como el Valle Amblés pertenecientes al Sistema Central (Fig. 1).

2. Interpretaciones sobre el origen de los castros

Desde los años 30 del siglo pasado el reconocimiento científico de los castros abulenses de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) (Fig. 1, nº 1), La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila) (Fig. 1, nº 2), Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) (Fig. 1, nº 3), Ulaca (Solosancho, Ávila) (Fig. 1, nº 4), y la zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado, Salamanca) (Fig. 1, nº 5), ha fundamentado diversas líneas interpretativas sobre su origen y significado, inmersas a su vez en las sucesivas propuestas historiográficas sobre el surgimiento de la Edad del Hierro en el centro peninsular. El temprano descubrimiento y la excavación íntegra de las espléndidas necrópolis de incineración de algunos de esos yacimientos ha condicionado en gran manera la historia de la investigación en este sector.

Entre los investigadores pioneros cabe ser destacada la ingente labor de Juan Cabré, a partir de cuyas excavaciones definió las secuencias histórico-culturales básicas sobre las que se asentó la investigación posterior, e indicó ya las filiaciones centroeuropeas y latenienses, pero también mediterráneo-helénicas de ciertos elementos materiales. Sus exhaustivas excavaciones en las necrópolis de La Trasguja, junto al castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) (Cabré 1932) y en La Osera, la zona cementerial del castro de la Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila) (Cabré *et al.* 1950), mostraron una considerable representación de elementos para montar a caballo y armamento, inaugurándose así la imagen de que los moradores de los castros fueron gentes guerreras, tal vez llegadas de Centroeuropa, aunque Cabré en modo alguno olvidó la importancia que la población supuestamente oriunda hubo de representar en la formación de tales comunidades (Cabré 1930).

El trabajo de reinterpretación de Juan Maluquer (1958) sobre las excavaciones de aquellos fecundos años 30 en Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) supuso la consolidación de la línea argumental hallstática y de Campos de Urnas sobre el origen de estas manifestaciones según los postulados difusionistas del momento. Sin embargo, tampoco dejó de indicar la filiación orientalizante de algunos objetos. Aun así, el peso de los rasgos culturales centroeuropeos inclinó la balanza a su favor, y desde entonces la procedencia transpirenaica de las gentes de la Edad del Hierro que moraron en los castros abulenses aparece como uno de los grandes temas de interés de los investigadores. Las interpretaciones de Maluquer, en un contexto intelectual en que los argumentos de autoridad funcionaban como garante de veracidad, han pesado en gran manera sobre las espaldas de quienes se acercaban a esta parcela de estudio. Martín Valls forjó la primera visión sintética sobre la Segunda Edad del Hierro en la región, o cultura de Cogotas II, integrando todas las informaciones heterogéneas disponibles hasta entonces, en la línea de trabajo de Bosch Gimpera (p.e. Martín Valls 1985, 1986-87). A principios de los 80 los trabajos emprendidos por González-Tablas (1986-87, 1989) en Los Castillejos situaron de forma correcta el Primer Hierro en la región, permitiendo de esa forma vislumbrar el papel de las comunidades indígenas en una transición cultural cuyos componentes endógenos habían sido poco valorados hasta entonces. Aunque la idea del origen de los castros debido a la llegada de oleadas de guerreros centroeuropeos entra en crisis y se matiza la importancia de ciertas aportaciones, como la de Campos de Urnas (Almagro-Gorbea 1986-87), hasta comienzos de los 90 la investigación se desarrolló dentro de un arraigado marco particularista y normativista, como exclusiva línea de trabajo. Esto implica, por una parte el empleo de una metodología positivista, mediante la parcelación de la investigación en secuencias particulares, construidas a partir de los hechos positivos

constatados en las escasas lecturas estratigráficas disponibles. Por otra parte, la interpretación del registro arqueológico bebe directamente del historicismo cultural, que considera los mecanismos de difusión (o sus variantes 'influencias', 'expansiones', 'influjos') como principal motor del cambio entre culturas arqueológicas definidas como conjuntos de rasgos culturales interpretadas como normas compartidas.

Los trabajos de Álvarez-Sanchís (1990, 1993, 1999) permitieron abordar el tema desde enfoques metodológicos novedosos y con esquemas conceptuales alternativos. Su investigación implicó un cambio fundamental en el planteamiento del problema de los orígenes de los castros, entendidos no como filiación normativo-cultural o identificación de la génesis étnico-racial, sino como definición de las condiciones precedentes dentro del proceso histórico concreto. Desde entonces un importante número de investigadores han adoptado un enfoque más funcionalista y un interés por los procesos acaecidos al final de la Prehistoria reciente regional (p.e. Delibes 1995; Delibes *et al.* 1995a; Quintana y Cruz 1996; Delibes y Fernández Manzano 2000; López Jiménez 2002). En convivencia con esas trayectorias, persisten aislados planteamientos invasionistas ortodoxos, que resuelven el surgimiento de los castros abulenses mediante la importación transpirenaica del conjunto de rasgos que los definen y la identificación étnica de sus fundadores, que se trataría de belgas eburones mezclados con la población indígena (Fernández Gómez 1995: 113). Ante este último planteamiento (tan reciente, pero de bases tan tradicionales) sólo podemos apreciar que sus argumentos, en gran parte sustentados sobre informaciones toponímicas y epigráficas de época romana, resultan incontrastables por el momento.

Actualmente el paradigma 'celtista' constituye una fecunda línea de trabajo que ha perdido su inocencia decimonónica, y explica el surgimiento de estas comunidades castreñas y sus peculiares manifestaciones materiales, combinando la perspectiva temporal larga y la integración de informaciones heterogéneas (arqueología, textos grecolatinos, etnografía, folklore, toponimia, teonimia, lenguas paleohispánicas, etc.) para construir un modelo complejo, de 'celticidad acumulativa' rastreable desde un nebuloso "sustrato" protocéltico (Almagro-Gorbea 1992, 1993a; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993). Junto a ello, la inquietud por la etnogénesis peninsular (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992), y más exactamente por los aspectos 'identitarios' entre estos grupos prehistóricos goza de renovado interés y se va afianzando como prometedora línea de pesquisa (p.e. Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2002; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2002)

Por tanto en el momento actual encontramos cierta variedad de acercamientos al problema historiográfico del origen de los castros en el suroeste de la Submeseta Norte española, en una situación de solapamiento entre distintos paradigmas propia de la investigación prehistórica española (Vicent 1982). Se trata de una región de larga trayectoria investigadora, donde la tendencia histórico-cultural está fuertemente arraigada, asociada, salvo algunas excepciones, al paradigma céltico. Junto a ella se dispone ya de un nutrido conjunto de trabajos de corte funcionalista que ha redefinido el papel de esos elementos 'célticos', incardinándolos en largos procesos socioeconómicos. En nuestra propia lectura del problema adoptamos el enfoque diacrónico y el abandono de rígidos esquemas normativo-culturalistas como una necesidad metodológica. La secuencia cronocultural básica de la Prehistoria reciente regional establecida en su momento (Fabián 1993) sigue sirviendo como esquema operativo para ordenar la evidencia, y frente a la verdadera primera síntesis del tema con planteamientos modernos (Álvarez-Sanchís 1999) nos beneficiamos aquí de un conjunto de informaciones notablemente enriquecido por amplios trabajos de prospección (Quintana y Cruz 1996; Fabián 1999) y excavaciones en *open area* (p.e. Misiego *et al.* e.p.) que han modificado sustancialmente la base empírica disponible.

Uno de los mayores avances que la continuada actividad arqueológica en la provincia de Ávila ha permitido consolidar es la perspectiva de *longue durée*, que permite valorar en su justa medida las permanencias y discontinuidades de la realidad social, como principal objeto de la investigación histórica, y por ende arqueológica. Como es sabido, los arqueólogos estamos particularmente bien situados para percibir las rupturas o discontinuidades, y como resulta necesario, nos planteamos la explicación de tales manifestaciones que seccionan largos procesos históricos. La perspectiva del tiempo largo también permite establecer regularidades y atisbar fenómenos de perduración que parecen contener propiedades estructurales. Pues bien; en el proceso histórico que nos atañe, la organización de las comunidades en grandes conjuntos residenciales plurifamiliares 'de tipo castreño', es una rareza histórica que contrasta radicalmente contra la lógica social, política, económica y ecológica de la tradición anterior. Creemos que por su misma sencillez y elementalidad este argumento tan ubicuo (puede ser empleado para gran parte de la Protohistoria peninsular) no ha sido conjugado de manera acertada en los relatos históricos no-invasionistas sobre los castros clásicos abulenses. Éste es el particular enfoque que queremos dar al problema del origen de los castros aquí, entendido tal 'origen' como la definición de las condiciones materiales y el rastreo de las múltiples causas interrelacionadas que posibilitaron la configuración de las sociedades castreñas de la Segunda Edad del Hierro.

Si nuestra contribución pretende añadir algo al debate, al permitir plantear el origen de los castros abulenses desde una relativa situación aventajada respecto a otras líneas de trabajo paralelas e igualmente prósperas, ello es debido a la paulatina aclaración de dos de esos factores o posibles causas esenciales que podemos comenzar a barajar en nuestras narraciones sobre esta particular parcela del pasado: la historia agraria y la dinámica social. No pretendemos en las líneas que siguen argumentar en extenso ni defender nuestra propia visión del problema, pues ello requeriría mucho más espacio que el aquí permitido. Tampoco es ésta ocasión para entrar en la discusión pormenorizada de numerosos asuntos por resolver. Sirvan pues los epígrafes siguientes como un bosquejo de las líneas de actuación que pueden guiar futuros trabajos, como intentos para desmontar algunos de los grandes tópicos historiográficos enquistados en la investigación del origen de los castros de la región. Las líneas que siguen no pretenden, pues, más que dejar planteadas algunas dudas que suscitan los distintos argumentos actualmente esgrimidos sobre esta problemática.

3. La historia agraria: ¿unos paisajes apenas modificados?

Las comunidades castreñas que tratamos han legado una serie de restos materiales que permitieron pensar tempranamente ya en gentes plenamente sedentarias, cuyas murallas, viviendas y cementerios hablan sin duda de una eminente fijación simbólica y una firme explotación económica del territorio (p.e. Fernández Gómez 1995: 130-178; Álvarez-Sanchís 1999: 101-168). El mantenimiento de los castros y su considerable nivel demográfico debió de implicar el desarrollo de múltiples actividades productivas, entre las que destaca una importante actividad agropastoril y una pujante y diversificada artesanía (Esparza 1999). Estos castros se conciben como centros polifuncionales donde el espectro de actividades especializadas a tiempo completo pudo ser muy amplio (Álvarez-Sanchís 1999, 2000, 2003b) y ello vendría materializado en una fuerte incidencia antrópica en el territorio. El desarrollo de variadas estrategias subsistenciales comarcales se ha tratado de contrastar mediante el análisis espacial, proponiéndose que los castros abulenses que nos importan aquí parecen ocupar emplazamientos fundamentalmente defensivos y simbólicos, en un entorno de clara vocación ganadera (Álvarez-Sanchís 1999), configurando paisajes altamente territorializados, como el Valle Amblés donde las esculturas zoomorfas pudieron funcionar a modo de marcadores visuales de zonas de pastos críticos (Álvarez-Sanchís 1993). Los indicios sobre la ocupación y explotación efectiva de esos territorios fuera del propio castro resultan de momento

indirectos y poco firmes, y no se dispone de información paleoecológica alguna para valorar la incidencia del hombre en tales paisajes.

Paradójicamente, según nos alejamos en el tiempo, el conocimiento que tenemos sobre estos aspectos resulta cada vez más firme, gracias a la creciente realización de estudios específicos de arqueobotánica y arqueofauna. Para momentos inmediatamente anteriores al surgimiento de los castros, esto es, para el Primer Hierro, se acepta la configuración de unas incipientes estructuras territoriales (Álvarez-Sanchís 1999: 93-96), en base a unos pocos centros estratégicos en el paisaje, como Las Paredejas (Cerro del Berruero, Salamanca) (Fabián 1985, 1986-87), o Los Castillejos de Sanchorreja (González-Tablas y Domínguez 2002) y se admite también ampliamente que la transición del Bronce al Hierro representa un momento de especial intensificación productiva, nada menos que la 'tercera revolución agraria' (Ruiz-Gálvez 1992: 229-236), que en nuestra zona se materializa en una cierta proliferación de yacimientos (Fabián 1999). Las informaciones arqueobotánicas y arqueofaunísticas disponibles para el Duero medio parecen corroborar en territorios vecinos al nuestro una notable inversión de trabajo agrario desde comienzos de la Edad del Hierro, tanto en el desarrollo de estrategias intensivas de cerealicultura a pequeña escala, como en la gestión de la cabaña bovina y ovicaprina, en sitios como La Mota (Medina de Campo, Valladolid) o el Soto de Medinilla (Valladolid) (Delibes *et al.* 1995b). Sin embargo el problema estriba en que, pese a disponerse cada vez de mejor información sobre la antigüedad de tales prácticas subsistenciales, a muchos investigadores les cuesta admitir que los tradicionales pobladores del suroeste de la Submeseta Norte española, durante la Edad del Bronce e incluso ya desde el Calcolítico, pusieron en marcha una plena economía de subsistencia agropastoril sustentada en la permanencia plurianual (Bellido Blanco 1996; Fabián 2004), unas estrategias simbólicas de apropiación del paisaje y una considerable inversión en infraestructuras agrarias (Díaz-del-Río 2001).

En efecto, la imagen de ruptura que la Edad del Hierro sugiere frente a todo lo anterior, y el emblema del castro con sus casas y estructuras de piedra como reflejo de su carácter sedentario (p.e. Romero Carnicero 1985), han mantenido durante mucho tiempo a las sociedades precedentes, significativamente concebidas como el 'sustrato', relegadas al papel de meros pastores semi-itinerantes de atávicas costumbres (p.e. Ruiz-Gálvez 1998).

El estudio en profundidad de la verdadera colonización primigenia de estas tierras sitúa a sus protagonistas a finales del IV^o milenio AC (según dataciones de radiocarbono calibradas), y concede a los grupos calcolíticos el papel de responsables en gran medida de cuanto habrán de heredar las gentes que vivieron en castros en esas mismas tierras, dos mil años después. En efecto, durante el Calcolítico tenemos ya constatado el funcionamiento de pequeñas unidades familiares como 'granjas' agropastoriles de fuerte incidencia en el paisaje (Fabián 2004), situación de la que es paradigma el yacimiento doméstico de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila) (Fabián 2003). La contrastación arqueobotánica ha podido ser efectuada gracias al muestreo sistemático en las excavaciones de yacimientos arqueológicos calcolíticos, y todo viene a señalar que a mediados del III^{er} milenio AC en esta región se configuraron verdaderos paisajes agrarios fuertemente antropizados, de génesis antropozógena, como se ha observado a partir de Los Itueros (Santa María del Arroyo) (López Sáez y López García 2003), o Aldeagordillo (Ávila) (López Sáez y Burjachs 2002-2003). Algunos indicios parecen incluso envejecer dicha situación, que muy probablemente habría de remontarse a comienzos del IV^o milenio AC, como se detecta en el túmulo de la Dehesa de Río Fortes, de fundación Neolítica (Estremera y Fabián 2002; López Sáez 2002).

Frente al aceptable grado de conocimiento que poseemos sobre el comienzo de este ciclo de prácticas agroforestales, la historia agraria durante la Edad del Bronce presenta grandes carencias empíricas

debido a la falta de trabajos específicos dirigidos a la investigación de este aspecto que consideramos fundamental. Tan sólo podemos avanzar que a comienzos del II^o milenio AC estos paisajes agrarios siguen constatando la fuerte incidencia antrópica, y sus primitivas estrategias destinadas al clareo del encinar tanto para usos pascícolas como cerealícolas, según lo visto en la Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila) (López Sáez y Blanco González 2004).

Por tanto, frente a la extendida idea de que sólo a partir del cambio del II^o al I^{er} milenio AC, cuando acontece en amplias regiones de Europa la 'tercera revolución agraria', se consolidarían las técnicas específicas que permitirían unas estrategias de subsistencia agrarias y un modo de vida sedentario, hemos de admitir que en determinadas zonas, como la aquí estudiada, ello pudo no ocurrir de esa misma forma. Los paisajes abulenses previos a su transformación por las comunidades castreñas, al menos documentados en ciertos momentos con seguridad, no constituirían meros territorios apenas modificados. El despliegue de diversas estrategias agropastoriles y forestales propias de grupos de permanencia plurianual, y la transformación del paisaje en territorios agrarios pudo efectuarse con mucha anterioridad, tratándose de un fenómeno que en el suroeste de la Submeseta Norte española parece confirmar una insospechada antigüedad. Por ello hemos de poner en duda la frecuente afirmación de que el surgimiento de grupos agrarios plenamente sedentarios y la territorialización vienen a coincidir en la Meseta peninsular con la gran ruptura histórica que representa la transición del Bronce al Hierro (p.e. Fernández-Posse 1998; Ruiz-Gálvez 1998a; Álvarez-Sanchís 1999, 2000, 2003b).

Desde esta óptica diacrónica podemos comenzar a matizar y acotar mejor los fenómenos de cambio que dan lugar a la Edad del Hierro y al surgimiento de los castros. El final de la Edad del Bronce y el comienzo de la Edad del Hierro continúa siendo una coyuntura de especial interés para comprender la evolución de estas sociedades agrarias, pero ya no por su configuración primigenia como comunidades agrarias sedentarias, sino por la posible necesidad de readaptación a las concretas condiciones materiales que empezamos a atisbar. No podemos extendernos en este punto, crucial en nuestra argumentación, pero resulta obligado retomar al menos el viejo debate sobre la continuidad o discontinuidad entre el Bronce Final y el Primer Hierro en la zona. La ruptura a todos los niveles de la realidad, desde la cultura material (p.e. Delibes *et al.* 1995a), pasando por los patrones de asentamiento (p.e. Quintana y Cruz 1996; Ruiz-Gálvez 1998b; Fabián 1999) y hasta las prácticas rituales (Fabián 1995; Delibes 2000-2001) permite plantear de forma mayoritaria una plausible sustitución étnica (p.e. Sacristán de Lama 1997; Delibes y Fernández Manzano 2000). En sentido opuesto, ciertos autores defienden la posibilidad de una estricta continuidad poblacional, merced a un fenómeno de gran crecimiento demográfico en el Primer Hierro (p.e. Quintana y Cruz 1996; Álvarez Sanchís 1999, 2000, 2003a). Incluso se ha propuesto alguna solución de compromiso, en la que al contingente oriundo del Bronce Final se añadirían pequeñas oleadas de elites foráneas (Romero Carnicero y Jimeno Martínez 1993).

El mejor conocimiento de las condiciones demográficas, ecológicas y agrarias en que se desarrolló la transición permitirá nuevas propuestas sobre esta candente cuestión. Respecto a estas últimas podemos avanzar que la Edad del Hierro en la zona que abordamos parece representar más una reestructuración de las estrategias subsistenciales tradicionales, gracias a la incorporación de nuevas técnicas y nuevos conocimientos debida a perentorias necesidades, que la intrusión de un acervo de técnicas y unos modos de hacer importados por gentes extrañas a la región. Los modos de vida de los habitantes castreños no serían por tanto tan radicalmente distintos a los propios de las sociedades precedentes, aunque sí su específica configuración histórica. En ello parece jugar un papel no desdeñable la constatación de que estas tierras acarrearán una historia agraria milenaria. En cierta medida los grupos castreños pudieron ser prisioneros de antiguos y arraigados ciclos de prácticas agrarias.

4. La dinámica social: ¿un continuo proceso de jerarquización?

La investigación desarrollada sobre las comunidades castreñas del final de la Edad del Hierro en estas tierras se ha efectuado bajo la continua influencia de las extensas necrópolis de incineración y sus ostentosos y escasos ajuares de guerrero (Cabré 1932; Cabré *et al.* 1950). Desde las perspectivas invasio-nistas esto venía a mostrar la implantación de unos guerreros foráneos en la región, y su acompañamiento fúnebre con objetos traídos desde sus tierras de origen, indicativos de su identidad étnica (p.e. Fernández Gómez 1995). Los enfoques funcionalistas han empleado esta rica información para definir la función que cumplieron en vida los personajes selectos así acompañados en su muerte, y a partir de ello tratar de vislumbrar la formación de las aristocracias locales 'presentes' en esas necrópolis a lo largo del tiempo (p.e. Álvarez-Sanchís 1999, 2000, 2003b). En una visión procesual de la Edad del Hierro resulta necesario además seguir a través del tiempo los procesos de distintos aspectos de estas comunidades. Así, en esos trabajos, y dicho de forma muy simplificada, varios de tales procesos pueden explicar la formación de los castros de la Edad del Hierro, cuyo origen respondería a una creciente intensificación de las bases productivas, un constante crecimiento demográfico de los antiguos pobladores y una gradual e imparable jerarquización social. El análisis del "sustrato" previo a los castros parece estar supeditado en ocasiones a demostrar cómo esos procesos arrancan del Bronce Final y dan como resultado lo que hemos denominado 'cultura de los castros' o Cogotas II. Por tanto, en el "sustrato" prehistórico se buscarán aquellos indicadores que informen sobre el crecimiento de las comunidades, la paulatina intensificación de esos grupos y, algo fundamental para esos autores; la emergencia de las desigualdades sociales consolidadas y perpetuadas.

En cierta medida, tanto unos como otros investigadores hemos podido estar deslumbrados por la suntuosidad de esos ajuares minoritarios que han centrado la atención de las interpretaciones. El registro funerario es una fuente incomparable para realizar inferencias sobre la ordenación social de los grupos, pero debe reconocerse que la 'arqueología de la muerte' es un método de aproximación a lo social en íntima dependencia de claros presupuestos teóricos (Vicent 1995), y la lectura directa de estas manifestaciones como espejos del orden social es sólo una de las posibilidades en juego. Aunque estas advertencias son de sobra conocidas (p.e. Hodder 1994), parece que en ocasiones no se tienen en suficiente consideración a la hora de proponer interpretaciones sobre el registro funerario.

Si trazamos de nuevo un recorrido retrospectivo por la Prehistoria reciente regional, pero deteniéndonos ahora en los indicadores de rango o estatus social, apreciamos que el punto de partida de la Segunda Edad del Hierro es el que más claros indicios posee para poder hablar de sociedades de jefatura o afines, y así lo ha registrado la historiografía, desde la pionera lectura en clave social de Martín Valls, quien ya definió una reducida aristocracia militar y una extensa base social humilde en la cultura de Cogotas II (Martín Valls 1986-87: 78). Sin embargo estas mismas evidencias en la necrópolis de La Trasguija (Las Cogotas) permiten otras lecturas divergentes, donde el grupo prominente minoritario y los exclusivos elementos materiales a él asociados pueden explicarse en un marco de relaciones sociales estrictamente parentelares, dentro de los linajes (Castro Martínez, 1986: 133), sin necesidad de trascender el tradicional ordenamiento social preclasista ni recurrir al modelo de patronos y servidumbres de ciertas formaciones sociales de la Antigüedad. Y estamos hablando exclusivamente de las representaciones de poder en las necrópolis, pues no hay constancia real de que estos individuos privilegiados vivieran mejor que sus convecinos. Con la evidencia disponible tenemos motivos para poner en duda que estas manifestaciones de concentración de riqueza y poder respondan a una situación política de verdaderas aristocracias hereditarias consolidadas sobre la explotación de otros miembros de la comunidad. Es decir, que los *jefes* que podemos deducir de la distribución de ajuares de La Trasguija (y en el caso hipotético de que ésta reflejara fielmente la organización del grupo viviente), podrían parecerse más a unos *big men*

de poder eventual, reducido y circunscrito al restrictivo ámbito de sus consanguíneos y ciertos seguidores, que a verdaderos jefes que heredan su poder y los transmiten a sus descendientes, al modo de las aristocracias tartésicas y turdetanas. Aunque murieran “mejor” y se hiciera enterrar con semejante ostentación, desde este último punto de vista, tales *jefes* no serían tan radicalmente nuevos ni tan extraños a la historia de la zona estudiada, aunque sí la inusual concentración de riqueza como ajuar.

En los contextos del Bronce Final y Primer Hierro podría resultar arriesgado proponer ya la presencia de elites o grupos aristocráticos a partir del registro arqueológico regional, a pesar de lo cual, no faltan esfuerzos realizados para encontrar tales marcadores, por ejemplo en diversos productos metálicos de uso cultural o para el ceremonial del banquete, que se ponen en relación con la gestión de los recursos ganaderos (Ruiz-Gálvez 1991: 288-289; Almagro-Gorbea 1993b: 87-89; Álvarez-Sanchís 1999: 58-59). En el castro de Los Castillejos de Sanchorreja, a partir de la evidencia de las estructuras tumulares ritual-funerarias del sector necrópolis (González-Tablas 1990), se ha llegado incluso a sugerir la presencia de una “sociedad dividida en clases” (González-Tablas y Domínguez 2002: 203), extremo este último que, de confirmarse, conllevaría una comprensión del proceso histórico radicalmente distinta a la seguida en este trabajo, que considera que en la zona de estudio no hay indicios firmes de que se llegaran a romper las relaciones sociales ordenadas por el parentesco hasta la presencia estatal romana.

Respecto al asunto de la dinámica social, enfocar el problema desde el Bronce Final, como inicio del “sustrato” a rastrear (Álvarez-Sanchís 1999), no permite ver parte de la complejidad del proceso. La Prehistoria reciente regional, desde las comunidades neolíticas, muestra la articulación de sucesivos ciclos internos de evolución sociopolítica, con significativos puntos álgidos a comienzos de la Edad del Bronce y al final de la Edad del Hierro, en plena coincidencia con lecturas diacrónicas efectuadas en regiones vecinas, como la cuenca central del río Tajo (Muñoz López-Astilleros 1999: 105-106). Ello nos permite intuir que existieron coyunturas especialmente propicias a la manifestación del poder de ciertos individuos dentro del grupo, y el vehículo de exhibición en tales circunstancias históricas consistió en ciertas ideologías guerreras, materializadas en contextos asociados a la muerte de tales individuos. Sin embargo, esas manifestaciones no son ni continuas ni progresivas, sino puntuales y coyunturales, escasamente institucionalizadas y sin capacidad para reproducirse. En este sentido, el mejor contrapunto a las mencionadas amortizaciones funerarias de panoplias de los siglos IV y III AC lo constituyen aquellas manifestaciones de finales del III^{er} milenio AC en la región, con el fenómeno campaniforme (Fabián 2004) y los equipos metálicos de puñales de lengüeta, puntas Palmela y orfebrería (Martín Valls y Delibes 1989) o ciertas representaciones antropomorfas como la de Valdefuentes de Sangusín en Salamanca (Santonja Gómez y Santonja Alonso 1978).

La impresión que obtenemos al observar la evolución sociopolítica durante los varios milenios que comprende la Prehistoria reciente del suroeste de la Submeseta Norte, es que estos grupos agrarios son socialmente muy conservadores, y que la dinámica que les caracteriza mejor no es la seguida en otras regiones peninsulares como pueda ser el Alto Guadalquivir, donde durante el primer milenio AC se asiste a la temprana formación de estructuras tributarias protoestatales (Ruiz y Molinos 1993: 258-275). Allí parece que las comunidades dejan de ordenarse a partir de vínculos estrictamente familiares y surgen relaciones de dependencia social que superan y disgregan los grupos de parentesco como unidad de organización del trabajo. En nuestra zona de estudio la resistencia de los grupos agrarios tradicionales al rompimiento de los vínculos de parentesco como principales relaciones sociales de producción es muy destacada, en la tónica de gran parte del interior peninsular durante la Edad del Bronce (Harrison 1994). Sirva de muestra de esta pertinaz resistencia al cambio la continuada recreación de unos modos de vida similares durante muchos siglos, que reproducen análogos esquemas de organización social, económica, simbólica y política. Ello se observa mediante la comparación diacrónica de los patrones de asentamiento

y explotación del valle (Fabián 1993, 1995, 1997), las escasas pero significativas muestras de estructuras domésticas que conocemos, que responden a similares características funcionales (espacios residenciales y productivos de reducidas dimensiones, para unidades familiares reducidas y homogéneas) y arquitectónicas (construcciones ‘de cañas y barro’) al menos desde el Calcolítico (Fabián 2003; 2004). También es visible en la reproducción de recurrentes motivos y técnicas decorativas cerámicas, desde el Neolítico Final hasta el Bronce Final (Fabián 1995; Delibes 1995), o la reutilización de los mismos escenarios ritual-simbólicos y comportamientos afines ante la muerte (Fabián 1995, 1997; Delibes y Fernández Manzano 2000; Delibes 2000-2001).

En nuestra zona de estudio no volveremos a encontrar contextos arqueológicos donde claramente se asocien armas y elementos de prestigio o de ideología militar a ciertos individuos hasta casi dos mil años después. Durante el Bronce Final regional no encontramos tales asociaciones, y pese a los citados argumentos sobre la ganadería en sentido contrario, en el suroeste de la Submeseta Norte pudo no ser una característica intrínseca del “sustrato” la progresiva diferenciación de ciertos individuos y su presunta voluntad de perpetuar su poder. Por contra, puede esbozarse la trayectoria sociopolítica de esta zona como una sucesión esporádica de éxitos y fracasos en tales empeños. Debemos concluir planteando serias dudas sobre la consolidación y perpetuación de verdaderas aristocracias hereditarias o grupos distintos a los ordenados por el parentesco en momento alguno con anterioridad a la presencia estatal romana en la región. Las manifestaciones que albergan posibilidades interpretativas al respecto no permiten sostener niveles de integración sociopolítica más allá de ciertos episodios eventuales, que duraron pocos siglos, en los que se accede al encumbramiento social coyuntural de individuos poderosos envueltos de ideologías legitimadoras guerreras. Con los mismos testimonios arqueológicos, podría proponerse una dinámica de evolución sociopolítica discontinua, no lineal y no progresiva, en la que los jefes de la Segunda Edad del Hierro no son consecuencia histórica de ningún proceso de gradual complejidad social a lo largo de su “sustrato”. En todo caso el proceso histórico durante la Prehistoria reciente parece ser fiel a la ordenación social comunitaria y familiar (Díaz-del-Río 2001) y su escisión en clases antagónicas podría no haber acontecido hasta la reestructuración total que impuso Roma.

5. Epílogo

Tras los párrafos anteriores tan sólo queda remarcar lo mucho que queda por hacer en cuanto a la problemática del final del mundo tradicional que es ese gran ciclo de prácticas agrarias y ordenaciones sociales parentelares que constituye la Prehistoria reciente del suroeste de la Submeseta Norte española y la inauguración de ese otro gran eje estructural que denominamos la Edad del Hierro, con sus castros y sus necrópolis de incineración como más conocidas manifestaciones materiales. Este tipo de regularidades estructurales, de costosa y lenta percepción, podrían orientar la investigación futura, tentada muchas veces y confundida por la ágil dinámica de cambio de otras manifestaciones más accesibles al arqueólogo. Si algo permanece claro tras la simple exposición que ahora acaba, es que la perspectiva diacrónica permite relacionar aspectos antes inconexos y apreciar mejor las dimensiones de ciertos fenómenos difícilmente abarcables desde nuestros estudios, necesariamente sectoriales.

Retomando la cita que precede a este texto no habría problema en admitir que las comunidades castreñas abulenses en cierta forma fueron prisioneras de su pasado. ¿Continuará la investigación de esta problemática siendo prisionera a su vez de su propio pasado?.

Bibliografía

ALMAGRO-GORBEA, M. (1986-87): “Los Campos de Urnas en la Meseta”, *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, *Zephyrus*, XXXIX-LX: 31-48.

Idem (1992): “El origen de los Celtas en la Península Ibérica. Protoceeltas y Celtas”, *Polis*, 4: 5-31.

Idem (1993a): “Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural”, en M. Almagro-Gorbea, y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Los Celtas: Hispania y Europa*, Universidad Complutense, Madrid: 121-173.

Idem (1993b): “La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el periodo protoorientalizante”, *Complutum*, 4: 81-94.

ALMAGRO-GORBEA, M. y ÁLVAREZ-SANCHÍS J. R. (1993): “La ‘sauna’ de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico.”, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 177-253.

ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (1992): “Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro”. *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum Extra* 2-3: 469-499.

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1990): “Los ‘verracos’ del Valle Amblés (Ávila): del análisis espacial a la interpretación socio-económica.”, *Trabajos de Prehistoria*, 47: 201-233.

Idem (1993): “Los castros de Ávila.”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Los Celtas: Hispania y Europa. Actas de los Cursos de Verano de El Escorial*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 255-284.

Idem (1999): *Los Vettonos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 1, Real Academia de la Historia, Madrid.

Idem (2000): “The Iron Age in Western Spain (800 BC-AD 50): An overview”, *Oxford Journal of Archaeology*, 19 (1): 65-89.

Idem (2003a): “La Edad del Hierro en la Meseta Occidental”, *Madrider Mitteilungen*, 44: 346-386.

Idem (2003b): *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*, Akal Arqueología, Madrid.

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. y RUIZ ZAPATERO, G. (2002): “Vettonos, etnicidad y cultura material”, en M. Molinos y A. Ziffero (eds.): *Primi Popoli d'Europa. Proposte e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa mediterranea (Firenze, 2002)*, Firenze: 181-199.

BELLIDO BLANCO, A. (1996): *Los campos de boyos. Inicio de la economía agrícola en la Submeseta Norte*, Universidad de Valladolid, Valladolid.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). El Castro*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 110, Madrid.

Idem (1932): *Excavaciones de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) II. La Necrópolis*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 120. Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J.; CABRÉ DE MORÁN, M^a. E. y MOLINERO PÉREZ, A. (1950): *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispana, V, Madrid.

CASTRO MARTÍNEZ, P. V. (1986): “Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila)”, *Arqueología Espacial*, 9, *Coloquio sobre el microespacio*, pp. 127-137.

DELIBES DE CASTRO, G. (1995): “Ávila, del Neolítico al Bronce”, en M. Mariné (coord.): *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*, Ávila: 21-102.

Idem (2000-2001): “Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: una valoración del límite Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto”, *Zephyrus*, LIII-LIV: 293-309.

DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (2000): “La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso”, en V. Jorge (coord.): *Actas 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, vol IV, *Pré-História Recente da Península Ibérica*, Porto: 95-122.

DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1992): “El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum Extra, 2-3: 233-258.

DELIBES, G.; ROMERO, F.; SANZ, C.; ESCUDERO, Z. y SAN MIGUEL, L. C. (1995a): “Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid: 49-146.

DELIBES, G.; ROMERO, F.; ESCUDERO, Z.; SANZ, C.; SAN MIGUEL, L. C.; MARISCAL, B.; CUBERO, C.; UZQUIANO, P.; MORALES, A.; LIESAU, C. y CALONGE, G. (1995b): “El medio ambiente durante el primer milenio a.C. en el valle medio del Duero. Consideraciones finales”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid: 543-582.

DÍAZ-DEL-RÍO, P. (2001): *La Formación del Paisaje Agrario: Madrid en el III y II milenios BC*, Arqueología, Paleontología y Etnografía, 9, Comunidad de Madrid, Madrid.

ESTREMERA PORTELA, M. S. y FABIÁN GARCÍA, J. F. (2002): “El túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVIII: 9-48.

ESPARZA ARROYO, A. (1999): “Economía de la Meseta Prerromana”, *Estudios de Economía Antigua en la Península Ibérica. Nuevas Aportaciones. Studia Historica. Hª Antigua*, 17: 87-123.

FABIÁN GARCÍA, J. F. (1985): “El Cerro del Berrueco. Casi diez mil años de habitación ininterrumpida.”, *Revista de Arqueología*, 56: 6-17.

Idem (1986-87): “El Bronce Final y la Edad del Hierro en el Cerro del Berrueco (Ávila-Salamanca)”, *Actas del Coloquio Internacional Sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, *Zephyrus* XXXIX-XL: 273-287.

Idem (1988): “El dolmen del Prado de las Cruces. Bernuy-Saliner. Ávila.”, *Revista de Arqueología*, 86: 33-42.

Idem (1993): “La secuencia cultural durante la Prehistoria reciente en el sur de la Meseta Norte española”, *Actas do 1º Congresso de Arqueologia Peninsular. Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, Vol. XXXIII, Fasc. 1-2: 145-176.

Idem (1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte. El enterramiento colectivo en fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente en el Sur de la Meseta Norte*. Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos, 93. Salamanca.

Idem (1999): “La transición del Bronce Final al Hierro I en el sur de la Meseta Norte. Nuevos datos para su sistematización.”, *Trabajos de Prehistoria*, 56 (2): 161-180.

Idem (2003): “El calcolítico en el suroeste de la Meseta Norte: Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila)”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, 8: 9-50.

Idem (2004): *El IV y III milenio en el Valle Amblés (Ávila)*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Valladolid, Valladolid.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1995): “La Edad del Hierro”, en M. Mariné (coord.): *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*, Ávila: 105-269.

FERNÁNDEZ-POSSE, M^a. D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Síntesis, Madrid.

GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1986-87): “Transición a la Segunda Edad del Hierro”, *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, *Zephyrus*, XXXIX-XL: 49-57.

Idem (1989): “Los niveles superiores de Sanchorreja. La Primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta.”, *Trabajos de Prehistoria*, 46: 117-128.

Idem (1990): *La necrópolis de “Los Castillejos” de Sanchorreja. Su contexto histórico*. Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos 69, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.

GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. y DOMÍNGUEZ CALVO, A. (2002): *Los Castillejos de Sanchorreja (Ávila): Campañas de 1981, 1982 y 1985*, Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos, 117, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.

HARRISON, R. J. (1994): "The Bronze Age in Northern and Northeastern Spain 2000-800 BC", en C. Mathers y S. Stoddart (eds.): *Development and decline in the Mediterranean Bronze Age*, Sheffield Archaeological Monographs, 8, Sheffield: 73-97.

HODDER, I. (1994): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Crítica, Barcelona.

LÓPEZ JIMÉNEZ, O. (2002): *Protohistoria del Occidente de la Meseta Norte. Estructura social y territorio*, Universidad Complutense de Madrid, Tesis Doctoral inédita.

LÓPEZ SÁEZ, J.A. (2002): "Análisis paleopalínológico del yacimiento Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila)". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVIII: 42-48.

LÓPEZ SÁEZ, J. A. y BLANCO GONZÁLEZ, A. (2004): "El paisaje de una comunidad agraria en el borde de la Cuenca del Duero: análisis paleopalínológico del yacimiento Protocogotas de la Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila, España)", *Zephyrus*, LVII: 191-215.

LÓPEZ SÁEZ, J.A. & BURJACHS, F. (2002-2003): "El paisaje durante el Calcolítico en el Valle Amblés (Ávila). Análisis paleopalínológico del yacimiento de Aldeagordillo". *Estudios Pré-históricos*, 10-11: 107-118.

LÓPEZ SÁEZ, J.A. & LÓPEZ GARCÍA, P. (2003): "Análisis palinológico del poblado calcolítico de Los Itueros (Santa María del Arroyo, Valle Amblés, Ávila, España)". *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 43 (1-2): 171-180.

MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *El castro de Los Castillejos de Sanchorreja. Ávila*, Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Ávila-Salamanca.

MARTÍN VALLS, R. (1985): «La Segunda Edad del Hierro», en *Historia de Castilla y León, 1, La Prehistoria del Valle del Duero*, Ámbito, Valladolid: 104-131.

Idem (1986-87): «La Segunda Edad del Hierro: Consideraciones sobre su periodización», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, Zephyrus*, XXXIX-XL: 58-87.

MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1989): *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Junta de Castilla y León, Valladolid.

MISIEGO, J. C.; MARCOS, G. J.; MARTÍN, M. A.; SANZ, F. J. y VILLANUEVA, A. (e.p.): «Guaya (Berrocalejo de Aragón): Reconstrucción de la vida y economía de un poblado en los albores de la Edad del Hierro», *Actas del Iº Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica (Salamanca, 20-22 Octubre 2003)*, CD-Rom, Colección Aquilafuente, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.

MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLEROS, K. (1999): «La Prehistoria reciente en el Tajo central (cal. V-I milenio A.C.)», *Complutum*, 10: 91-122.

QUINTANA LÓPEZ, J. y CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1996): «Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte. (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXII: 9-78.

ROMERO CARNICERO, F. (1985): «La primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio», *Historia de Castilla y León, I, La Prehistoria del Valle del Duero*, Ámbito, Valladolid: 82-103.

ROMERO CARNICERO, F. y JIMENO MARTÍNEZ, A. (1993): «El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro», en M. Almagro-Gorbea (dir.): *Los Celtas: Hispania y Europa*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 175-222.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. L. (1991): "Song of a Wayfaring Lad. Late Bronze Age Atlantic exchange and the building of the regional identity in the West Iberian Peninsula", *Oxford Journal of Archaeology*, 10 (3): 277-306.

Idem (1992): "La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica", *Spal*, 1: 219-251.

Idem (1998a): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Crítica, Barcelona.

Idem (1998b): "Settlement pattern and socio-economic changes in the Bronze Age/Iron Age transition of the Spanish Meseta and Southwest", en B. Hänsel (ed.): *Mensch und Umwelt in der Bronzezeit Europas / Man and Environment in the European Bronze Age*, Oetker-Voges Verlag, Kiel: 441-448.

RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS MOLINOS, M. (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Crítica, Barcelona.

RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2002): "Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los Vettones", *Spal*, 11: 259-83.

SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1997): "Buscando a los Vacceos, en el Iberespacio", *Kalathos*, 16: 45-71.

SANTONJA GÓMEZ, M. y SANTONJA ALONSO, M. (1978): "La estatua-menhir de Valdefuentes de Sangusín (Salamanca)", *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 18: 17-24.

VICENT GARCÍA, J. M. (1982): "Las tendencias metodológicas en Prehistoria", *Trabajos de Prehistoria*, 39: 9-55.

Idem (1995): "Problemas teóricos de la Arqueología de la Muerte. Una introducción", en R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds.): *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*, Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos, 3, Xinzo de Limiá: 13-31.

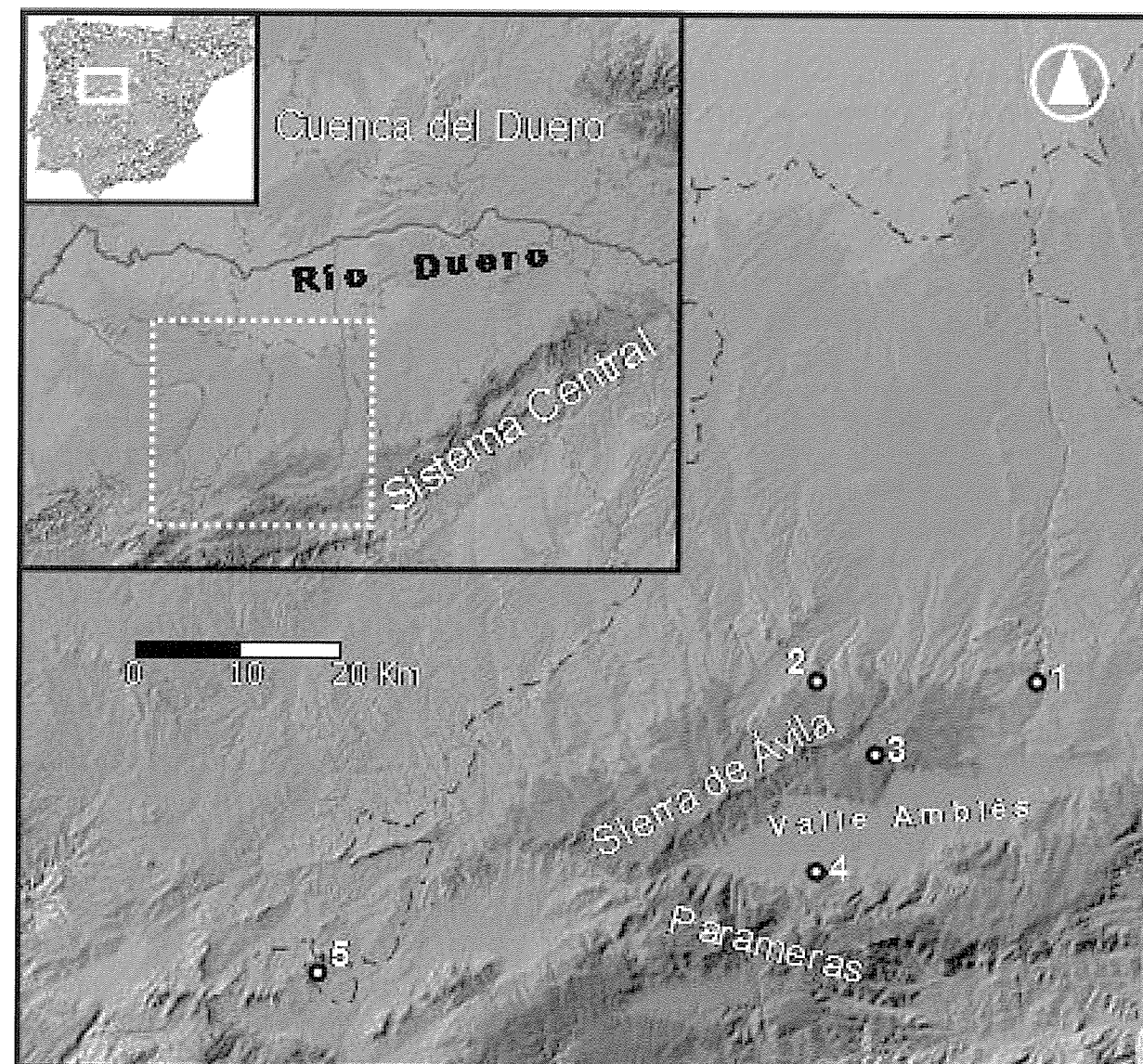


Fig. 1